**RAFAEL ALBERTI**

MUERTE Y JUICIO

               1

        (MUERTE)

  A un niño, a un solo niño que iba para piedra nocturna,   
para ángel indiferente de una escala sin cielo...   
Mirad. Conteneos la sangre, los ojos.   
A sus pies, él mismo, sin vida.   
  No aliento de farol moribundo,   
ni jadeada amarillez de noche agonizante,   
sino dos fósforos fijos de pesadilla eléctrica,   
clavados sobre su tierra en polvo, juzgándola.   
Él, resplandor sin salida, lividez sin escape, yacente,   
juzgándose.

                 2

        (JUICIO)

  Tizo electrocutado, infancia mía de ceniza, a mis pies, tizo yacente.   
Carbunclo hueco, negro, desprendido de un ángel que iba para piedra nocturna,   
para límite entre la muerte y la nada.   
Tú: yo: niño.   
  Bambolea el viento un vientre de gritos anteriores al mundo   
a la sorpresa de la luz en los ojos de los reciennacidos,   
al descenso de la vía láctea a las gargantas terrestres.   
Niño.   
  Una cuna de llamas de norte a sur,   
de frialdad de tiza amortajada en los yelos,   
a fiebre de paloma agonizando en el área de una bujía;   
una cuna de llamas meciéndote las sonrisas, los llantos.   
Niño.   
  Las primeras palabras abiertas en las penumbras de los sueños sin nadie,   
en el silencio rizado de las albercas o en el eco de los jardines,   
devoradas por el mar y ocultas hoy en un hoyo sin viento.   
Muertas, como el estreno de tus pies en el cansancio frío de una escalera.   
Niño.   
Las flores, sin piernas para huir de los aires crueles,   
de su espoleo continuo al corazón volante de las nieves y los pájaros,   
desangradas en un aburrimiento de cartillas y pizarrines.   
4 y 4 son 18. Y la X, una K, una H, una J.   
Niño.   
En un trastorno de ciudades marítimas sin escrúpulos,   
de mapas confundidos y desiertos barajados,   
atended a unos ojos que preguntan por los afluentes del cielo,   
a una memoria extraviada entre nombres y fechas.   
Niño.   
Perdido entre ecuaciones, triángulos, fórmulas y precipitados azules,   
entre el suceso de la sangre, los escombros y las coronas caídas,   
cuando los cazadores de oro y el asalto a la banca,   
en el rubor tardío de las azoteas   
voces de ángeles te anunciaron la botadura y pérdida de tu alma.   
Niño.   
Y como descendiste al fondo de las mareas,   
a las urnas donde el azogue, el plomo y el hierro pretenden ser humanos,   
tener honores de vida,   
a la deriva de la noche tu traje fue dejándote solo.   
Niño.   
Desnudo, sin los billetes de inocencia fugados en sus bolsillos,   
derribada en tu corazón y sola su primera silla,   
no creíste ni en Venus, que nacía en el compás abierto de tus brazos.   
ni en la escala de plumas que tiende el sueño de Jacob al de Julio Verne.   
Niño.   
Para ir al infierno no hace falta cambiar de sitio ni postura.

**PIRATA**

 Pirata de mar y cielo,   
si no fui ya, lo seré.

Si no robé la aurora de los mares,   
si no la robé,   
ya la robaré.

Pirata de cielo y mar,   
sobre un cazatorpederos,   
con seis fuertes marineros,   
alternos, de tres en tres.

Si no robé la aurora de los cielos,   
si no la robé,   
ya la robaré.